



JOSE PALAHI

vía esperan que una mano, con el tacto y cariño de la suya, venga a dar cima a una de las obras que podrían darnos mayor fama y prestigio.

Conste, pues, que en esta hora en que, a Dios gracias vamos a festejar en torno de Agulló uno de nuestros más bellos acontecimientos, no podía faltar nuestra mención a quien tanto se desveló por nuestras cosas, y menos, mucho menos todavía podía silenciarla quien, como yo, comencé a borronar para la prensa mis primeras cuartillas con la valía de su ayuda y consejo.

Cuando en 1935 lancé mi primera iniciativa de homenajear al bautista de la Costa Brava y que, patrocinada por la entonces Asociación de Periodistas de Barcelona llegó a reunir en diálogo a la mayoría de los próceres de nuestra intelectualidad, Palahi estuvo en la brecha como el primero, prestándome todo el calor paternal que yo precisaba en aquella escaramuza de alto vuelo. Lo mismo que hoy volvería a estar de nuevo aquí, con nosotros, para pronunciar, siempre, atinada, su palabra.

Permitidme, pues, que el último de sus discípulos, y aunque sea imposible suplir su ausencia, llene en su nombre esta página, seguro de que nunca perdonaría que esta suya quedara en blanco.

E. Descayre S.

NUESTROS LIBROS

PORT - SALVI

DE OCTAVIO SALTOR



«Port-Salvi»,

treinta sonetos de espuma y plata, ingravidos y profundos, en pulcra edición de Torrell de Reus, llegó a nuestras manos con una bella dedicatoria del autor a nuestro semanario y al Instituto de Estudios Guixolenses, alma del Certamen que en la primavera del año en curso se honró en premiar una escogida selección entre los más bellos. De aquí, que hayamos contado esta obra entre nuestros libros, entre nuestros libros más queridos. Según el propio autor, son estos versos variaciones sobre un mismo tema, el mar. El mar o la mar, fiereza y remanso. Un mar específico, el que contemplara el poeta al abrigo del bravo y dulce cuenco del Port-Salvi geográfico. Contemplación que le sugirió imágenes y símbolos de inquietud dirigida, contrastes reveladores.

Bofill y Ferro glosa en el prólogo, con aguda imaginación, verbo y silencios del poeta. Señala la paradoja existente entre el tema, mar amorfo sin caras ni aristas, ondulaciones cambiantes, y el cariño de todo vate por la forma, de la necesidad de su espíritu de realizarse en ella. «Déu vos guard» acertadísimo en el umbral de esta obra. Mano que se nos brinda para penetrar a pie firme en la mansión de las aguas sin sueño, sin reposo, en las vías del mar inabordable, intangible. Sólo hay estelas a seguir en su azul movedizo, jamás un surco, jamás pisadas. Estelas que van y vienen sin saber si el propio puerto está al norte o al mediodía.

Quizá al leer el libro, alguien se pregunte qué se propuso el autor al escribirlo. Versos de apariencia descriptiva, pero que amagan paralelismos entre el mar y la humanidad vacilante, entre los abismos insondables del grueso de las aguas y el trasfondo mal definido de las almas.

El mar de Octavio Saltor no es plácido, casi terrible, después de una lectura rápida de sus sonetos; pero, ahondando en ellos, nos damos cuenta que no todo es pavor en sus abismos, que su alegría terrible tiene también sonrisas, que su arrebatado se torna calma en el fuego de su paciencia embravecida, en su misterio. Hay un oculto «hermano mar» en cada verso, Caridad.

«La teva melodia prou em puny, tothora acompassada en sa remor. El ritme emmelangit de sa llangor com un orgue gegant dins meu retruny»

Compasiva inquietud que se trueca más tarde en auténtica comprensión:

«Que s'acotxés voldries el destí, i, ni que un instant fos, poder dormir per oblidar-te un punt de tu mateixa. T'és negat, però, sempre aquest repòs i en sa inmensa fondària al seu clos és permesa només l'eterna queixa».

Si, también, iras y gritos pone Saltor en las fluidas y azules cordilleras encrespadas. Castigos de sangre y naufragios, vida de condenación; pecados. Pero a la ira opone una nostalgia de bien; al grito, una lágrima; al reto, una sumisión. Si condena a las espumas por su soberbia, que las empuja a ganar más altura que los peñascos, las absuelve en mansedumbre de lluvia que cae suave «com la rosada del Senyor».

Y así, el poeta acompaña al mar en sus desvarios, en sus anhelos, en su sed de firmamentos, resuelta en el espejismo del inexistente vaso de la curva infinita del horizonte. Y se convierte en prisionero como las aguas, entre los hemisferios, cárcel de alejados muros. Y llora el imposible deseo de la galerna de rozar el cielo con picachos de apretada espuma.

En otras estrofas, acusa al mar de engaños y traiciones, para decirle después: «Pero, a veces, titilas como la luz de un faro, y eres lecho, de amor para la luna.»

Y el hombre que hay en el poeta, ante la angustia del tiempo, del pasado que no retorna, se acerca al mar en busca de consuelo atraído por la constancia del multiplicado volver del mar sobre la arena o la roca.

¡Pobrecito hermano mar, con tu trágico destino, horro de descanso, vacío de forma! — parece que llora el poeta.

«Prou donaries ta grandesa immensa per l'intima bellesa d'una cala que et fos alhora tímida defensa i bressoleig d'infant i aixopluc d'ala. Tu hi cerques una inèdita naixença.»

Y, fiel al verbo y al pensamiento, Octavio Saltor ofrece al mar la calma recoleta de «PORT-SALVI».

L. D'Andraitx